

Queriendo ser Adsis en la 5ª

Sin olvidar dónde estamos...

Hospital que atiende más de 50.000 ingresos al año, con 1.100 camas, 3.000 profesionales, 25.000 intervenciones quirúrgicas al año, cuyo objetivo esencial es la asistencia integral y de la más alta calidad, con los medios tecnológicos de diagnóstico y tratamiento más avanzados, con una excelente hotelería, con funciones docentes y plan estratégico de investigación, con una continua renovación de equipamiento y permanentes obras de remodelación, alto presupuesto.

No quiero que esto que es lo "normal" en el cada día de mi trabajo me haga perder la conciencia de dónde estoy y en qué mundo vivo. No quiero olvidar que esta realidad corresponde a una minimísima minoría de esta aldea global en la que vivimos. No quiero olvidar y traigo a mi memoria de vez en cuando, la imagen de aquella enfermera haciendo una cura en el Hospital de Portoviejo con poca cosa y poniendo gran esmero en la asepsia, en medio de una sala con camas roñosas y la mayoría sin sábanas, solamente unos sucios colchones esperando la ocasión de que alguna familia pueda pagar la estancia y la atención de su familiar querido. ¿Sabremos adecuar cada día los muchísimos recursos que tenemos al alcance de nuestras manos a las necesidades reales y concretas? En la abundancia no siempre sabemos hacerlo y abusamos de material, de métodos diagnósticos y de tantas cosas. En la abundancia, a menudo, todo nos parece poco.

Y me pregunto... ¿y cómo será esto en cualquier lugar de África?

No quiero olvidar que cuando me dirijo cada mañana a la quinta planta (traumatología) del hospital, sobre todo en invierno, a ese lugar caliente y cómodo en el que trabajo, hay miles de personas en la misma ciudad que están sin trabajo, quizás sin hogar o con trabajo en plena calle soportando fríos y lluvias. Los puedo ver en el recorrido de casa al trabajo en las diferentes obras que siempre se están realizando.

No quiero olvidar el pecado y la injusticia en que vivimos sumidos en este querido mundo nuestro. Y no lo quiero olvidar para no dar por supuesto que esto está bien, para acoger cada día la llamada de Dios a estar donde me toca estar presente con sentido humano de fraternidad y solidaridad.

Aunque en lo cotidiano parece que esta mirada y sentir se ocultan, quiero dejar que continúe renaciendo en mí la urgencia cristiana que no quiere dejar las cosas como están, la urgencia que impulsa a decir una palabra a menudo contraria al sentir de los/as compañeros/as, que impulsa a pequeñas acciones, mínimas antes un sistema con tanto poder en el que las decisiones siempre son económicas, pequeñas acciones que sigan sembrando la conciencia de lo que es justo y humano.

El clamor de los enfermos y de sus familias es voz de Dios

La enfermedad va acompañada en el hospital a menudo de mucha queja, de repetidas peticiones de calmantes, de continuas llamadas de timbre, de desorientaciones de las personas mayores que pierden sus referentes cotidianos, de llantos y gritos, de enfados y rabias que se expresan como se pueden. Ante este clamor es difícil pasar de largo.

Y es que la enfermedad nunca viene sola, siempre bien acompañada por el miedo, el desconcierto, la inseguridad, la falta de autonomía, la desesperanza, la depresión, la inutilidad, el deterioro, a veces tan grande, la soledad, la debilidad, la impotencia y la temida muerte.



Por eso, la enfermedad tiene su lado más oculto, más opaco, que requiere una atención y una mirada más atentas y más cultivadas en el interior del corazón: es el clamor de los silencios, de los rostros tristes, apagados, temerosos, inseguros, angustiados, es el dolor de quien no puede ya ni quejarse, o de quienes dejamos más solos porque son realmente desagradables, es el dolor y la impotencia ante la enfermedad de la persona que más se quiere. Es el dolor que se intenta ocultar por no querer molestar ni al personal ni a la familia, es el dolor del que es fácil pasar de largo porque no molesta, porque el quehacer de Enfermería cada día es grande, o también, porque quizá vaya a conectar con nuestras zonas más oscuras o más dolorosas, o con el sentir de nuestra muerte.

El Padre me hace penetrar en la oración para descubrir el verdadero rostro del hombre, su vida, su desesperanza y su dolor, su clamor por sentirse acompañado, su clamor por la vida y la salud. Es en este encuentro donde escucho la voz del Dios de la vida, del Dios que sana, Él desea ir generando en mí un modo de mirar, de pararme, de tocar, de escuchar, de estar cerca que se parezca a su modo de estar presente en medio del sufrimiento, como Jesús, contagiando vida y salud. Y me da la fuerza de su Espíritu que me lanza más allá de las actividades establecidas de cada día, más allá de los cansancios y rutinas, más allá de los cuidados planificados en el programa informático, a estar presente haciéndome cargo de lo que acontece cerca de mí.

Creemos y amamos a Jesucristo Paciente, viviente en el hombre enfermo...

Los pacientes de cada día... ¿rostros de Jesucristo Paciente?

Raúl, un chico de 24 años, que tras un accidente de moto se recupera de graves lesiones teme quedarse para siempre en silla de ruedas. De tenerlo todo y cuando quiere a no poder, a depender para casi todo, a sentirse realmente solo cuando sus amigos se empiezan a cansar de venir a verle porque "esto se alarga". "¡Esto es tan lento!" "¡No creo que llegará el día!". Cada noche oscura más oscura se vuelve aún en su pensamiento, en su llanto, porque no puede soportar verse así.

Ricardo con sus 52 años, que en diciembre nos regaló champagne para celebrar su recuperación que ¡tanto le había costado!, hoy vuelve a ingresar, con gran deterioro, en encefalopatía. Acurrucado en la cama y solo. Su hermano no sabe qué hacer, ni cómo estar a su lado o no lo puede soportar. Algo se me rompe dentro al acercarme y me doy cuenta que yo también estoy poco tiempo. ¿Y no hay nada qué hacer? No hay nada que hacer. Sí, estar cerca y aliviar.

Manuela, que a sus 80 años y operada de cadera no levanta cabeza. Le digo que necesita comer para recuperarse, que es preciso que dé hoy un paso para que mañana pueda dar dos. Sus hijos nada o poco quieren saber de ella. No consigo sacarle palabra, la cara tremendamente triste y, cuando habla, es ella la que me me deja callada a mí: "¿Qué va a ser de mí? ¿Quién me quiere? ¿A dónde voy?".

Y recuerdo a Isidro. ¡Qué difícil será olvidarlo! Entrañable, con su gran calidad humana, cercano con todos y todas. ¡Tantos diálogos sobre su vida, sus sueños y sus amores, y también sus dudas y sus miedos! Le acompañamos con apenas palabras, un nudo grande en la garganta y lágrimas en los ojos, con la rabia grande de que no volverá a compartir con su querida mujer, y con la pregunta en los labios "¿por qué Isidro?".

Y mi compañera me pregunta ¿Y no hay nadie que responda a este porqué? ¿Hay Alguien que se hace cargo de todo esto? Y charlamos de la vida, de la muerte, del sentido, de lo que merece la pena...

Creo y quiero creer que hay Alguien, Nuestro Padre Bueno, que se hace cargo de todo esto, que está presente y permanece en este terreno tan nuestro y tan jodido y a la vez tan sagrado, donde se pone al descubierto la desnudez de la persona, la de la enferma y la de la que acompaña, y dónde se hace posible el amor.

Y quiero amarle y adorarle en estos templos suyos. Y, aunque a veces las prisas y el propio trabajo van creando mis propias defensas para hacerme fuerte, para no dejarme afectar tanto, el amor me vuelve a remover y me hace volver allá dónde el Hombre sufre y padece.

Creemos y amamos a Jesucristo Resucitado, viviente en el hombre comprometido

Paradójicamente, a menudo, puedo contemplar a la persona paciente como persona comprometida. ¡Cuántas veces la persona enferma es saludable, portadora de vida! ¡Cuántas veces anima mi espíritu, cuantas veces aroma mi corazón y calienta mi frialdad! Les he podido contemplar haciendo todo lo posible por el compañero de al lado de su cama, animando a otros enfermos mientras cargan como pueden con su gran dolor, alegrando nuestro trabajo y nuestros cansancios, dando gracias por todo y por todos, poniendo una palabra sencilla pero profunda, expresando su fe... ¿Tengo que pedir más señales para creer en la Resurrección y la Vida? Creo y amo a Jesucristo resucitado viviente en la persona enferma comprometida con la Vida.

Y también, a menudo, son mis propios compañeros y compañeras quienes me despiertan a esta Vida. Sin ser Adsis, sin ser cristianos, solamente en su humanidad me llevan más allá. Les veo luchar por las personas, acercarse a ellas con ternura, poner toda su capacidad de amar en el servicio concreto de cada día. Ellos me motivan a implicarme más, a mirar juntos la realidad y mirarla mejor, a valorar lo que merece la pena, a trabajar en equipo... y tantas cosas más.

A todos, enfermos, familias y compañeros mi agradecimiento. Vosotros me ayudáis a ser Adsis cada día.

*Maite Murua
(Gipuzkoa, 2008)*